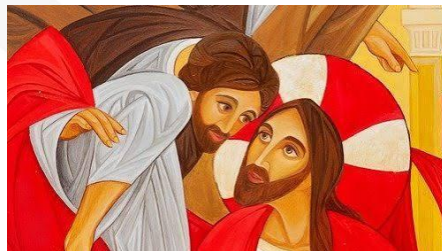


Emailgelio del 6 de septiembre de 2026
Domingo 23 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

La corrección fraterna

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano. Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. Os aseguro además que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. (Mt 18, 15-20).



El evangelio llama a hacer la necesaria corrección fraterna con mucha delicadeza para que sea provechosa. Señala unos pasos a dar:

1º: Hablar con el interesado. Para ello hace falta valor. **Es más fácil hablar mal de una persona a todo el mundo que hablar con ella.** Hay que presentarse al otro con humildad, reconociéndose también débil, teniendo en cuenta que a lo mejor quiero arrancar una brizna del ojo ajeno y yo tengo una viga en el mío. Por tanto, **no creerse con derecho a dar lecciones.** Cuidar los detalles concretos: escoger el momento adecuado, emplear palabras que no humillen, no ser pesado con continuas correcciones por pequeñeces.

2º: Puede suceder que yo no sea la persona más adecuada para hacer la corrección porque el otro no recibe bien nada de mí. Puedo entonces **buscar la ayuda de alguien** que sea acogido mejor que yo.

3º: Si, después de haber puesto todos medios posibles, *no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano.* No significa que llega un momento en que debo desinteresarme de la suerte del hermano: los dos pasos anteriores eran los señalados por la ley judía; **si esto no sirve, trata de superar la ley y déjate llevar por la misericordia.** *Considéralo como un pagano o un publicano,* es decir, **haz por él más de lo que te pide la ley** que hagas con un hebreo.

Cuando la misericordia y el perdón generosos encuentran obstáculos para ser acogidos, no desesperarse ni paralizar toda la vida por el hecho de no ser aceptado. Cuando no se recibe una buena respuesta, no dejarse hundir ni llevar por la amargura o la cólera. Hubo en el siglo VI un abad, Doroteo de Gaza, que daba estos consejos sobre la corrección fraterna. Sirven para todo el que se proponga corregir a alguien: **“Para las faltas que se produzcan, no te irrites en demasía, sino muestra sin turbarte el mal que resulta de ello, y, si es preciso hacer reproches, toma el modo que conviene y espera el momento oportuno.** No te fijas demasiado en las pequeñas faltas como un justiciero riguroso. No hagas continuamente reprimendas, porque eso es insoportable, y el acostumbrarse lleva a la insensibilidad y al desprecio. No mandes imperiosamente, sino somete humildemente el asunto al hermano: esta manera de actuar es estimulante, es más persuasiva y **procura la paz al prójimo.** Si un hermano te resiste y tú te turbas en ese momento, guárdate tu lengua para no decirle nada con cólera, y no dejes a tu corazón excitarse contra él...”

Emailgelio del 13 de septiembre de 2026
Domingo 24 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Perdonar siempre

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: “Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”. Jesús le contesta: “No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete”. Y les propuso esta parábola: “Se parece el Reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con que pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: ‘Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo’. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: ‘Págame lo que me debes’. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: ‘Ten paciencia conmigo y te lo pagaré’. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: ‘¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?’. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”. (Mt 18, 21-35)



Jesús dice que **hay que perdonar siempre** y que perdonar al hermano va muy unido a sentir en uno mismo la misericordia de Dios. No es que Dios ponga condiciones para perdonar, sino que **somos nosotros los que nos incapacitamos para experimentar la alegría del perdón si no perdonamos**.

Pero si tenemos que perdonar siempre, se pueden aprovechar los estafadores, engañadores, ladrones criminales, sobre todo si saben que van a ser perdonados. Sin seguridad ciudadana, la convivencia sería un caos y no se contribuye a un mundo más humano sino a la victoria de la injusticia, de las personas deshonestas sobre las honestas.

Igualmente, si el niño se acostumbra a que se le levanten siempre los castigos, puede suceder que ya no haga caso a nada de lo que se le dice. Si el niño deja que los compañeros abusen de él sin reaccionar nunca, su vida se convierte en algo insufrible.

Entonces **¿cómo compaginar la exigencia evangélica de perdonar siempre y la exigencia de medidas que impidan el crecimiento de la injusticia?** A veces hay que reaccionar con firmeza y decir enérgicamente “no”, pero sin perder nunca el espíritu evangélico, el sentido de las personas y su dignidad. Ese espíritu evangélico llevará a no buscar la humillación del otro, **buscar su corrección, pero no la venganza como desahogo de la propia pasión**.

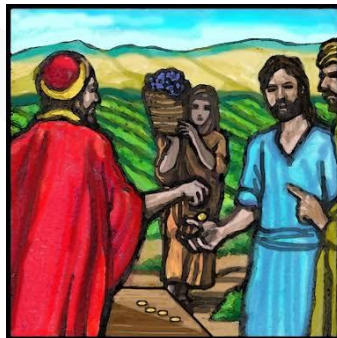
Jesús invita también a favorecer todo lo que sirva para la rehabilitación de la persona. El evangelio dice que vale la pena, para conseguir la liberación propia y del prójimo, **luchar contra los sentimientos de venganza que surgen dentro de nosotros**. Una fuerza importante la encontraremos viendo el amor paciente que Dios tiene con nosotros. **Él nunca se cansa de nosotros, perdona siempre**.

Emailgelio del 20 de septiembre de 2026
Domingo 25 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Suplemento de generosidad

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: “El Reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: ‘Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido’. Ellos fueron. Salió de nuevo a mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: ‘¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?’. Le respondieron: ‘Nadie nos ha contratado’. Él les dijo: ‘Id también vosotros a mi viña?’. Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: ‘Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros’. Vinieron los del atardecer, y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: ‘Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno’. Él replicó a uno de ellos: ‘Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos’”. (Mt 20, 1-16)



Nos causa extrañeza que lo últimos llegados al trabajo reciban la misma paga que los primeros. En la parábola del hijo pródigo, también el hijo mayor se indigna porque el padre prepara una fiesta al que había despilfarrado la fortuna. **Así es Dios: mucho más generoso de lo que podemos imaginar.**

¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?, dice al amo a uno de los que protestaban porque había sido tan generoso con los últimos venidos. El Padre en la parábola del hijo pródigo y el amo en la de los jornaleros subrayan que las personas tienen necesidad de misericordia.

Si cada uno solo se preocupase de sí mismo, de los propios asuntos, del propio trabajo, de cumplir estrictamente la ley, **muchos operarios de última hora nunca encontrarían la posibilidad de ser llamados a la mesa de la fraternidad humana o se quedarían esperando a que alguien les llamase y**, cuando fuesen llamados, sería casi imposible que fuesen considerados iguales que el resto de los hombres. Por eso, la actitud de Dios, representada en este amo de la viña, nos está diciendo que **nuestro mundo tiene necesidad de un suplemento de generosidad, de bondad, que supere lo estrictamente legal.**

Al mismo tiempo, la parábola de los jornaleros que se van incorporando en distintos momentos al trabajo nos hace ver que cualquier momento es bueno para trabajar en la viña del Señor.

Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, concluye Jesús. Para seguir a Jesús no hay escalafones sino unidad de voluntades y corazones en su causa. Que nadie pretenda privilegios por haber llegado antes ni nadie se sienta inferior por haber llegado más tarde. A todos llama Jesús y cualquier momento es bueno para responder a su llamada.

Emailgelio del 27 de septiembre de 2026
Domingo 26 del tiempo ordinario – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Entre el sí y el no

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: “¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: ‘Hijo, ve hoy a trabajar en la viña’. Él le contestó: ‘No quiero’. Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: ‘Voy, señor’. Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre? Contestaron: ‘El primero’”. Jesús les dijo: “Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y aun después de ver esto vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis”. (Mt 21, 28-32)



Una persona puede ser refunfuñona, pero capaz de darlo todo después del primer impulso de rechazo. Otros se ofrecen desde el principio para todo, pero no son capaces de perseverar en el compromiso: tras un comienzo fulgurante, se quedan sin fuerzas a mitad de camino. Se puede finalmente decir *sí* a todo, pero solo por fórmula, sin voluntad de llevar adelante lo que se dice.

En el tipo de respuesta y de actitud puede contar el modo de ser personal y la precaución para no comprometerse ni comprometer a otros por encima de las posibilidades. Puede contar también el deseo de dar buena imagen, pero sin la voluntad de que el *ser* responda al *parecer*. Sucede a veces que la primera respuesta negativa está condicionada por el miedo, pero, tras la reflexión, **decimos *sí* de corazón**.

Todas esas actitudes y reacciones se consideran posibles en la parábola de hoy. La viña a la que debemos ir a trabajar es la realidad de cada día: **el Señor comprende que tengamos dificultad para dar siempre la respuesta más adecuada.** Nuestras dudas, nuestros tanteos, nuestros arrepentimientos, nuestras “vueltas a empezar”, son humanos y no nos deben avergonzar.

Quizá somos conscientes de haber respondido con un *no* cuando debíamos haber dicho que *sí*, o de habernos equivocado en el momento de dar una respuesta adecuada. Siempre hay la posibilidad de responder *sí* ahora, con la experiencia adquirida y en nuestras circunstancias concretas actuales.

Al mismo tiempo, decir *sí* con los labios, pero *no* con las obras puede significar no estar dispuesto a cambiar de actitud cuando es necesario.

Se puede llegar a ser demasiado autosuficiente y despreciar a los otros, considerándolos “los últimos” o “lo último” por sus defectos e imperfecciones visibles. Sin embargo, estos “últimos”, que tienen tantas dificultades para ser reconocidos como personas, son comprendidos por el Padre en sus luchas y en su impotencia para comportarse de modo que su dignidad sea reconocida. Por eso, dirá Jesús a los que se creen buenos y sin defectos y desprecian a los “pobrecillos últimos”: *los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios*.

El Señor comprende este navegar nuestro entre el *sí* y el *no*. Nos dice que no nos quedemos en un *sí* solo de palabra. Es mejor reconocer que a veces decimos *no* y, al mismo tiempo que reconocemos eso, pedir su ayuda para vivir diciendo *sí* con la vida.